



María Luisa Mora
Amparo Ruiz Luján
Elisa Romero
Ángel Villamor
María Antonia Ricas
Miguel Ángel Curiel
Ángel del Valle Nieto
Luisa Benito
Santiago Sastre
Carlota Martínez Senac
Ana Isabel Rodríguez Ortega
Esteban Ramírez Plaza
Mar Peces *
Jesús Pino
María Rodríguez García
Carmen García-Lecua
Manuel Quiroga Clérigo
José Díaz García-Baltasar
Alexander Doblado
Joaquín Copeiro
Juan Martínez Copeiro

Dibujos:
Marcos Romera
Jesús García

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 12. Toledo. 1998

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y

Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino

María Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

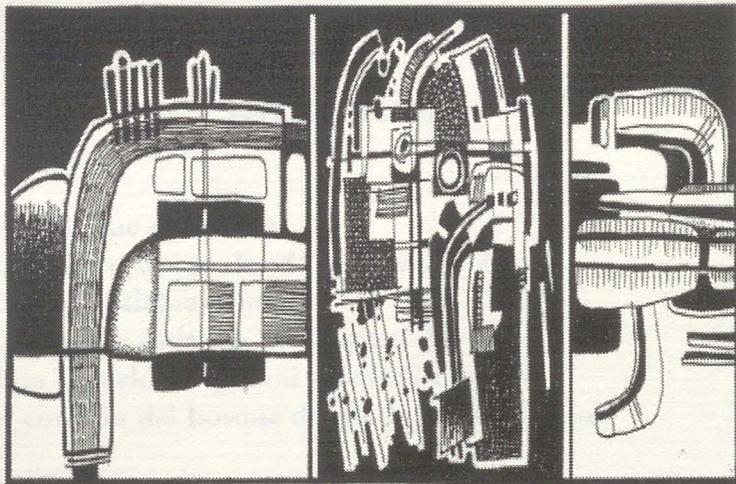
Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz

HERMES

Año III. N° 12. Otoño
Revista Artesanal. Toledo 1998



J. GARCÍA. 98

La noche se hizo larga y angustiosa. Por la mañana tenía todo el cuerpo empapado en un sudor tibio y pegajoso.

«El amargo sabor del miedo»

(Vladimir Potiemkine)

MARÍA LUISA MORA

LO QUE MÁS AMO

Eres lo que más amo:
el fugitivo hueco donde el incendio escapa.
Eres mi palabra primera,
con la que cada día me levanto del féretro.
Eres la melodía que mi soledad cobija,
el corazón del bosque donde saltan los gamos.

Cada noche, algún sueño anuncia tu llegada.
Cada madrugada apareces junto a la reja
en la que se condenan mis latidos desnudos.

Eres la primavera de las rocas antiguas,
la pupila del agua en sirenas hundidas,
el reino de los gnomos que mueren junto a los lagos.

Eres el horizonte donde existe mi pueblo.
La casa en la que habito vive frente a tu alma.
Tus besos son el roce de la lluvia primera
y mi pasión la espada que empuñas cuando me miras.

Porque existes, yo existo y muero cuando tú mueres.
Desgarro mis vestiduras para vestir tu carne.
Todas las primaveras tienen nombre de ausencia
que yo bebo despacio como elixir de olvido.

Cuando mi amor no ciña mi corona de sueños,
todas las madreperlas serán conchas de espinas,
todas las podadoras cortarán espadañas,
fuertes como tu abrazo bajo el sol de noviembre.

Cuando ya tu figura desvanezca sus lindes,
cuando en tu pecho hirviente ya no quepa mi vida,
será mi piel un resto de polvo sobre la playa
que arrastrarán las olas al fondo del abismo.

Mi vida, por amarte, ha de llamarse vida.
El tiempo, que nos lleva, no se lleva tu boca.
La sangre que recorre mi vena es como lluvia
que baja desde tu cielo plagado de alegría.

Mi muerte, por amarte, ha de llamarse vida;
porque nunca se muere si se muere queriendo.
Vivo porque estoy viva en tu muerte de estelas
que surcan el océano de un amor que no acaba.

Primer Premio de Poesía Viriato 1998

—:—

ARMADA

Estás preparada
para aceptar una derrota.
Sabes que, en cada lucha, hay un riesgo
que afrontar, una espada
que puede perforar tu corazón.
Cabalgas, entre el ruido de los sables,
mientras el miedo hunde
su hierro en lo profundo de tu pecho,
mientras las balas silban
sobre tu cabeza
y, el héroe del olvido,
acecha por detrás de las montañas

para convertir tu memoria en la ceniza
que reina sobre la tumba de los muertos.

Sabes que no es posible huir
y te dispones a la guerra en la que puedes
perder tu juventud y atar cadenas
en torno a la cintura.

Y vistes armaduras que repelen
el dolor de estar viva
bajo un cielo sombrío,
donde los dioses no conocen
más misericordia que la ausencia.

Y ejercitas el látigo que azota
al enemigo vil de los destierros.

Dispuesta a defender el reino alegre
que es tu juventud,
a destrozar, con tus dedos, la mortaja
que envuelve, sin piedad, a la tristeza.

Dispuesta a morir entre el humo de los años
que no permiten ver, en la distancia,
el universo aquel, en el que viven

los triunfantes héroes que vencieron,
una vez, el otoño.

—:—

HÉROES DEL PASADO

No somos héroes.
Se nos han ido de las manos
las armas que empuñábamos un día,
los escudos arrogantes, las pulidas
armaduras, en las que brillaba
un sol fuerte que deslumbraba al mundo.

Hemos perdido, en ciénagas oscuras
los sables cortantes y las dagas afiladas.
Y los enemigos
han derrotado nuestras huestes
y han conquistado
las poblaciones en las que vivíamos.
Qué queda ya de aquellos días.
No volverán, otra vez, las golondrinas

de nuestra juventud,
de cuando la victoria era nuestra.

Quizás encontraremos,
entre el polvo de todas las ciudades,
las coronas de laurel que ceñíamos en las frentes
como héroes invictos de un tiempo más glorioso.

Quizás la lluvia limpie el monumento
que nos erigieron,
en agradecimiento, los pobladores liberados.

Pero serán, tan sólo,
restos de algún ayer,
trozos de primavera
que ha perdido un almendro entre las flores.

—:—

CORAZÓN HELADO

Yo tengo herido el corazón de tanto
invierno como llevo entre los hombros.
Y me pesa mucho
vivir con tanta nieve,
caminar con tanta llaga
lacerando la carne de mis sueños.

Yo sé bien que no soy
alegre, como lo son esas muchachas
que viven en un hogar
de trigos altos y amapolas libres;
que están huérfanas
las rosas que cultivo con cuidado
y que se me deshacen los pasteles
que hago con amor para mis hijos.

Yo sé bien que no poseo
esos ojos brillantes de las niñas
ni la ilusión aquella que refleja el rostro
de los marineros más audaces.

Yo sé que no me queda, en la memoria,

otro fruto que el de un ayer ya muerto.

El invierno
entró dentro de mí
y no sé decir cuándo fue el día.
Yo sólo sé que, ahora,
mi corazón está lleno de frío,
que mi ilusión está llena de hielo.

AMPARO RUIZ LUJÁN

1

Cuando lames telarañas de saliva
que dejan tus besos en mi cuello
rastreo en las papeleras, las bolsas de basura
y en los contenedores,
desato los cordones del tiempo
en la calle Sánchez Vera
y junto a la barbería
redacto poemas
entre carne picada,

banderas, crucifijos,
 colchones del amor,
muelles, caligrafías
 y patas de palomas.
Sobre los mostradores
sombras de mariposa elogian el destino,
escribiendo con uve la belleza,
musitando letanía de muslos
a un samurai entre juncos.
Envuelvo un dosel de princesa
con antiguos calendarios
y la catedral del deseo
entristece como un palomar vacío.
Campanillas, lazos, brillantinas
devoran naftalina junto a un árbol de plástico.
Y los hijos del sueño van siempre de regreso
por senderos con teléfonos rotos.

—:—

2

En las noches de insomnio me abrazo a las almohadas,
a la caja de medias, la percha, los zapatos.
 Ya son las tres y media.

Llueve en las uralitas.
El ruido de algún grifo.
El vestido de ninfa flotando por el Huécar.
Y Dios tocando fondo.
Los días que tienen número saben a Ley Sagrada,
a caderas y amantes,
a tacones y besos
en los escaparates de las mantelerías.
Desnudando el espejo
medias y corazones abrazan mis rodillas.
En los portarretratos los seres que yo amo
me miran en silencio.
No pronuncian mi nombre.
No me gritan «soy nadie».

ELISA ROMERO

1

quiero ser martes solamen-
te jueves a veces;
no domingo, sábado tampoco

quiero ser sólo otoño
o acaso primavera in-
vierno siempre...
el verano calcina a las alondras,
derretidas en zumo de jilgueros
sobre barro tejados en barbecho
blanca cascada de lirios y magnolias

dos alas de trino casi negro
atardecen en gris ama-
necer los cielos lívidos ra-
nuras vaporosas vuelo rojo
corales afilados acu-
chillando semanas y estaciones
de un ocaso de albas repetidas
tragándose la voz de un mar redondo
(mudos viernes callando silue-
tas de miércoles y lunes)

quiero ser cascabeles del invierno
silenciando otoños casi jueves
o martes, puede.

____:____

TIOVIVO DE AYER

(en Masnou, muchos años después)

Gira el tiovivo...
ensordecen el aire
sus colores chillones,
y el vértigo de músicas violeta
ciega ilusiones
de niños
precipitados
en el fuego de su vorágine.

La niña de agua
galopa su risa grana
y se hunde y se eleva
abrazada a la llama de acero
que quema de crines
su piel de ola.

Una vuelta, otra vuelta, otra, otra más...

La niña de ola
galopa su risa amarga
y se hunde y se eleva

abrazada a la trenza de acero
que yela de rizos
sus ojos de agua.

Gira el silencio...
ensordecen el aire
sus voces sin lenguas,
y el vértigo de sordos vacíos
aturde memorias
de sueños
precipitados
en la luna de su vorágine.

Una vuelta, otra vuelta, otra, otra más...

Gira y gira la noche
su torre de horas
-escamas de luz
 en la esfera
 de un tiempo implacable-
resbalando la vida
que muerde la cola
al pez desalado
de la soledad.

Una vuelta, otra vuelta, otra, otra más...

En el charco absurdo
de la plaza inútil
un ayer de sombras
yerra.

Dentro, gira el mar.

...otra, otra, otra más.

—:—

Doblé la esquina de la vida: tú
estabas hablándome
detrás de los silencios
de tus propias palabras
y me dijiste: aguarda,
aún no saben a sal
las amapolas; la lu-
na no ha apurado aún
las nieves de su brasa.

Yo me senté en la espera,
tejiendo arena y destejiendo agua.

ÁNGEL VILLAMOR

ANTEA

Hay un caballo alado
navegando los vientos de la noche
y una leve brisa inunda las olas
que desde el mar nos acarician.

Hay una diosa suspendida en el aire
escrutando con sus enormes ojos
el rincón de las sombras
donde mi voz se esconde.

Es Antea que vuelve, entre fulgores,
de aquel sueño vivido
en los lejanos brazos de la historia
por la senda olvidada de otro tiempo.

Vuela sobre los campos
con sus cabellos de oro recogidos
para mostrar su cuello de marfil,
y entre notas de arpas y liras
se agita su blanca túnica bordada
con el rumor de un firmamento
salpicado de antorchas.

Es Antea, diosa, mujer, deseo
surgido de la luz, de la distancia
inmensa donde vivió conmigo,
que regresa a las venas de mis brazos,
a acariciar mi sien
y a poner sobre mis labios
la magia envolvente de su amor.

—:—

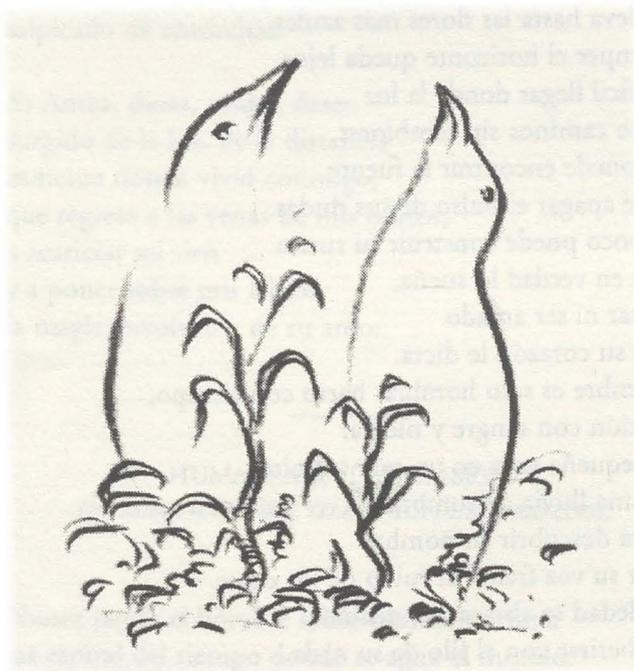
HUMANAMENTE HOMBRE

(2º PREMIO «CULTURAL TELEFÓNICA DE MADRID», 1998)

Nunca jamás el hombre sabrá cuando termina
esa espiral del tiempo donde se agita el mundo.

El hombre es sólo hombre
y lleva a sus espaldas la bóveda del miedo
frenándole los ojos y los pasos.
A veces en silencio se aviva la batalla
que libra con sí mismo
para alcanzar la puerta exacta
que lleva hasta las flores más azules.
Y siempre el horizonte queda lejos.
Es difícil llegar donde la luz
escribe caminos sin temblores
y no puede encontrar la fuente
donde apagar el pulso de sus dudas.
Tampoco puede construir su sueño
como en verdad lo sueña,
ni amar ni ser amado
como su corazón le dicta.
El hombre es sólo hombre: barro con tiempo,
ambición con sangre y niebla,
una pequeña gota en un mar infinito.
Bajo una lluvia de sombras
intenta descubrir su nombre
y alzar su voz frente al ruido de los otros.
En soledad se abraza a sí mismo
hasta herirse con el filo de su nada.

acude, finalmente, al amor
para poner un escudo en su bandera
y llevar, cuando le llegue el naufragio,
un equipaje más dulce
atado a su cintura.



MARÍA ANTONIA RICAS

TRABAJOS

En el amanecer
se despide el planeta
que va en busca del hombre de las frutas del Sur
y el pájaro ruidoso despierta sin asombro
y es su tarea
la misma confesión que a veces tengo.

Escribir o quedarse viendo llegar el día
no esconden una gracia
ni hay un dios diferente posándose en mi mano.

No trato de escribir sobre las ruinas
del templo que silencia
a Garcilaso
ni resumo los trágicos sucesos del amor
pues creo que es sencillo
provocar emociones al corazón que escucha;
es sencillo contar lo que se esconde
cuando del mismo aliento se respira la pena.

Y honestamente terca me obligo a este trabajo:
decir que me parezco a los reptiles
y confirmar la falta de esperanza.

Y porque no distingo
este trabajo o el otro de morir.

Mira la indiferencia
del pájaro ruidoso despertando.

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

Poemas de media tarde

4

A media tarde la ropa tendida ya está seca
y el sol se parte en dos sobre las llanuras de Velada.
Me esfuerzo por vivir como la fruta en las tensas ramas
y quiero morder mi puño también, morderlo y escuchar la
dentellada que arranca del corazón una palabra extraña,
luego cojo del sol las brasas que me pertenecen -por lo me-

nos intento imaginarme esto cerrando fuertemente los ojos
hasta que el pájaro ciego del verano recobra la visión-
Pero también sé que me debo a mí mismo una explicación
del mundo,
y es por eso que aparto todo lo que puedo las palabras
para ver lo que la tarde deja tras de sí, y aunque las piedras
no puedan volar, al menos intento arrojarlas
lo más lejos posible.

—:—

5

Hay una hora que es más lenta que las otras horas,
el sol comienza a pisar la tierra y mientras se marcha lo
saludo alzando mi sombrero de paja.
A mi lado se secan las vísceras de un conejo que
fue atrapado por una jauría de estrellas.
Sé que parezco perdido en un gran bosque cuando escribo
y también sé que he ido partiendo ramas muy secas para
dejar rastros
y como estoy muy lejos de aquella loma donde guardan el
lastre de los días, camino muy despacio intentando no ir
más deprisa que este sol que comienza a pisar la tierra

y se posa como una vaca de luz río abajo.
Los rebaños de palabras cruzan mi frente y todos los caminos serpentean hasta que todos confluyen en mi corazón.
En Agosto siempre fui libre y por mis ojos adustos dejé escapar todos los pájaros que querían llorar, también bailé abrazado a los árboles sin camisa como el segador y las bestias, y acaso fui feliz y escribía sin prisa.
Sin embargo, hay una hora que es más lenta que las otras que ya han pasado mordiendo al silencio en un ojo, una hora en la que todo va tan despacio que los girasoles al levantar la cabeza y los hombres al cerrar los ojos ven lo mismo.

—:—

6

Cojo con mis dos manos la taza de café y miro la tormenta que nace en los ojos de los pastores.
Durante la siesta duermes sobre un tronco que es tu brazo queriendo alcanzar un fruto.
Sentado veo pasar las tardes y no me preocupo si los poetas rupestres ya han llegado a la Bree des Bains.
Dos bueyes tiran de un hilo para destejer el cielo, bufan, su

aliento es azul, y si mugen después de cada trueno
mi silencio se vuelve más fuerte y circunspecto
como el silencio de los animales

frente a las palabras de los hombres.

Pero también sufro

y tengo cuatro partes de humano y una de diablo,
también soy como esos tipos que se sientan con las tripas
por fuera sin saber por qué, y es acaso por eso que quiero
jugarme la vida en cada poema que escribo.

Pero a veces no se pueden decir muchas más cosas de la
tarde,

son tan adustos estos paisajes que la tumba de un pájaro
siempre está abierta y la puerta del cementerio cerrada...

¡Ah!, sin embargo, ninguno de nosotros sabe volar y es por
eso

que a todos nos cuesta creer que alguien haya arrojado
la luna por el precipicio.



J. GARCÍA. 98

Por fin había regresado a mi hogar, después de aquellos largos años de angustioso y forzado exilio

«La noche azul»
(Ramón Vergés)

SANTIAGO SASTRE

*A Carlota, por tanto mucho
en el tiesto del corazón*

EN TUS OJOS SÉ
que tengo el mar como vecino.
En tus manos el sí
ha construido un paseo marítimo.
En tu pelo los bosques
aprenden a leer.
En tu cuello mi Drácula
se emborracha.
En tu espalda los cisnes
se peinan el color blanco.
En tu pecho la lluvia canta
como un pájaro.
En tu vientre las letras minúsculas
se ponen zapatos de tacón.
En tus piernas mi tierra
encuentra una península de gargantas.
En tu voz mis lunes
transcurren muy deprisa.

Ah, el amor, amor mío!
¡Qué aventura encontrar
acantilados, grifos encendidos,
fuego azucarado, uvasmoscatel
y verbos silbando canciones
de tantísima luz
cuando el amor nos abraza,
nos desnuda
y nos enseña a hablar
el idioma de las fresas y los valles!
Ah, amor, me moriría de frío
si no fuera por tu aliento.

—∴—

A Ángel Villamor, por esa sangre que tuvo

ESA LIBERTAD QUE TIENEN LAS ARAÑAS Y LOS CIERVOS.
La piedra enamorada del musgo que la cubre.
Un pirata que acaba de ponerse gafas graduadas
o un saltamontes con bigote.
La dirección preciosa que marcan las estrellas.
Esa libertad que es isla y océano.
Las cicatrices se encienden con un viento

que te lleva a cualquier norte.
Ese afán por encontrar un trozo de paraíso
sin serpientes.
Las brújulas a veces tienen gripe, es verdad.
Al final sólo queda el hombre
-acojonantemente barro-
ante el paisaje de su propia encrucijada.

CARLOTA MARTÍNEZ SENAC

*A Mayte y Miguel Ángel, habitantes de un
amor más compartido que nunca*

HABITACIÓN

¿En qué estancia
habita más la ternura de mi alma?

No necesita de la piedra
ni del papel pintado
que la endurezca y maquille.
En su propia transparencia se sostiene,

allí,
donde tu espalda podría ser mi mano
o mis ojos tus rodillas
porque la piel de su caricia
es el edificio de mi mismo estar.

¿Quién entró en quién?
Todo un valle de hermosura
no bastaría para contenerla
y nunca cesaría de estar en todas partes,
amueblándome de rosas y estrellas
cuando estoy muy oscura.

En mi camino veo su respiración
y dibujaré con este dedo
mi nombre y el tuyo
mientras recorremos de la mano
las habitaciones de nuestro palacio.

—:—

*A Santiago. En su amor sereno encuentro
cada día mi horizonte*

Hay días
en los que me desnudo
ante el espejo de mi silencio.
Quiero regalarte mi lluvia
pero me recuerdas a gritos
que vivo en una mala nube

La lluvia es todo:
promesa de paraguas, caracol y yerba,
pausado lenguaje cargado de requieros.
Pero también nos invita a morir
y a crear cerámicas
que luego batallará conmigo.
Créeme si te digo
que a veces me asusta
ver el futuro pasear por mi bosque.

Hoy
sí te quiero regalar mi lluvia,
mi resumen hecho agua,
la belleza generosa
que he encontrado en ti.

Al final
estará el desbordamiento
y la humedad en la tierra
enardeciendo los silencios
y un invierno
que apenas ha durado.

ANA ISABEL RODRÍGUEZ ORTEGA

NAXOS

*(A María Jesús Sánchez García,
mi profesora del alma...)*

«Per lacrimas oro, quas tua facta movent;
Flecte ratem, Theseu, versoque relabero vento,
Si prius occidero, tu tamen ossa feres».
(Ovidio. *Heroidas X*)

De noche,
en la nitidez del silencio,
unos ojos derraman tristeza.

El mar ahoga el llanto en sus aguas
y evoca la serenidad de la brisa

que acaricia lentamente su rostro.
Ecos de soledad te contemplan.
Sólo gemidos luchan con tu alma
mientras perfuman la oscuridad
en el sensible fondo
de tus heridas.

A lo lejos,
las Pléyades brillan intensas.
¡Ya no puedes contemplar la belleza
que corona la paz azul del cielo
ni sentir en tu ardiente pecho
el profundo hechizo de Selene
celestial!
¡Y furiosa te arrancas los cabellos
como ménade o basáride enloquecida
que al grito vigoroso de «Evohé»
tiñe de éxtasis los bosques
y los montes!

Y allí, a lo lejos,
las Pléyades siguen brillando
intensas.

- «¿Por qué?
¿Por qué lo hizo?
¿Dónde quedaron sus promesas?
¿Qué fue de la dulzura
de aquellos besos
que encendieron con pasión
mis labios?
¿Por qué lo hizo?
¡Por qué!»-

.....
.....
.....
.....

Dioniso

.....
.....
.....
.....

La corona de Ariadna
armoniosamente

podrá centellear
en el celeste.

(Sé que allá,
a lo lejos,
brillarán las Pléyades
más intensas...)

AB IMO PECTORE

ESTEBAN RAMÍREZ PLAZA

EL PUZZLE

Wendy y Robin envían su legajo de emoción y lo co-
[ronan de sellos
no hay carmín en las bocas de Nueva York
ni fotos descoloridad de Philadelphia
me extravió
si miro los hot dogs-edificios

Pdta: la desolación de las espumas del Hudson
no es más que el tiempo presuntuoso
caballero derrotado.

APOCALIPSIS

Traga todas las cicutas
perdido en la jungla de laberintos que inventásteis
inundados seudónimos
con la mente de hombre sin raíces
bordeando siempre el filo de lo ciego
borracho siglo XX de cadáveres
maquillándote el rostro un millón de veces
¿a quién puedes engañar
amante de lo ajeno y las rameras religiosas?

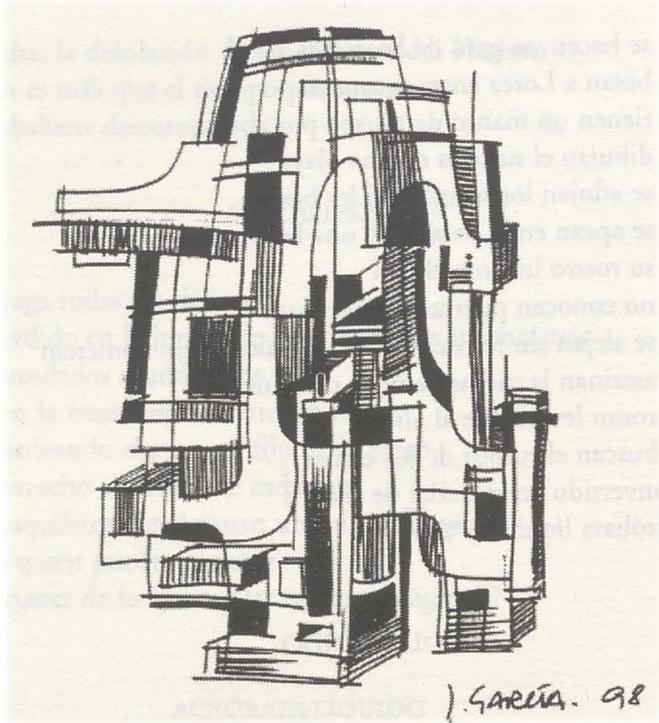
ACRÓBATA LÍQUIDO

Los ciegos claro que sueñan en color cinemascope
y vuelan a hurtadillas cuando nieva
y cultivan rosas en sus pijamas
y olvidan el parto y los blancos papeles de su oficio

y se hacen un gato de hojarasca
y besan a Lorca entre azucenas
y tienen un manto de musgo por abrigo
y dibujan el susurro de una playa
y se aflojan los tornillos si les besan
y se apean en la parada de una boca
y su rostro inventa el pan
y no conocen puertas ni ventanas
y se alejan sin retorno en los cristales de un comercio
y asesinan la memoria de la certidumbre
y rozan levemente al aire
y buscan el rumor de tus orillas
convertido en material de sueños
acróbata líquido y aéreo.

GOLDMUNDO

Voy a esperarte en esta plaza
y voy a medir los minutos desde el borde de esa fuente
desde el suave murmullo al contacto de tus besos
como un amante lejano, inevitable
y cuajado de amapolas.



Siempre creímos que se trataba de una escultura vanguardista; sin embargo, aquel armatoste no era sino una vieja máquina de café que perteneció a nuestro abuelo, según me contó mi madre mucho tiempo después.

«Sí, no, tal vez»

Laura del Vecchio

MAR PECES

LAS HOJAS

Ya no hay peligro de una inesperada primavera en otoño.
Por fin el jardinero me ha dejado tranquila.

Ah, qué dorada soy,
como me envidia el alba,
cuánta memoria olvido.

Me sostengo en el aire, me deslizo,
me quieren las campanas,
los niños con sus álbumes y su nariz muy fría,
los jardines ingleses
y las mujeres tristes, que ya no se pintan ni se impacientan.

Tuve mi gran momento de siesta perezosa en las riberas,
fui el placer de la sombra:
tanto rumor de mar cuando es del sur la brisa y mis herma
[nas
susurran, su abanico parece de Sorolla.

Qué vuelo de dorado
presentimiento de humus.
Qué poca resistencia.

Qué cama nutritiva seré para los zorros
para niñas que pierden sus sortijas.

Y cantarán canciones de la nieve,
y cruzarán el bosque,
me pisarán.

Después del amarillo seré barro y aroma;
seré, con mis hermanas,
no muerte sino espera,
un vestido de liquen acariciando huesos muy antiguos
y conservando el cuerpo del silencio.

JESÚS PINO

1 Del tic-tac de los relojes,
en la muñeca del día,
nace una calma de nieve,
serenamente frutal.

Dulce carne de la luz,
dulce vino del paisaje,
tierno pan de la memoria
migosamente estelar.

Tic-tac.

Tic-tac.

Manso, líquido, eunuco,
el tiempo blanquea su boca
frenando un beso en la verde
sombra de la eternidad.

Tic. tac tic Tac.

2 Me miro en el espejo y me pregunto:
hoy, ¿qué seré?
¿marxista? ¿liberal? ¿conservador?

¿monárquico? ¿anarquista? ¿socialista?...
Porque no es baladí
establecer el punto de partida, con suma precaución
y oportuno servicio hacia los los tiempos.
Porque no es suficiente atravesar la realidad del día
dando treguas
y haciendo pactos con la pluralidad de sus fantasmas.
Y porque es ordinario, vulgar y miserable
que un automóvil te atropelle y los diarios digan
que eras un hombre de tal edad, oficio y beneficio,
como si nunca hubieras
pensado en lo irreal de tanta idea maldita.

3 En la palabra tallo
equilibrada estaba la palabra rosa
y aleteando el aire
la palabra amarillo colmaba su amplitud.
Era el aire palabra con luz de finas trenzas,
y la palabra luz un nombre de fósforo llorón.
Quien escribía el tallo
jugaba con el verde runrum de un manantial
y las palabras iban del pétalo a los ojos
siguiendo nota a nota
la música floral.

MARÍA DOLORES PINTO CÁMARA

LA MUÑECA QUECA

En un rincón del mueble,
sentada, muy quieta,
observándolo todo,
esta Queca.

No es de carne, ni es de hueso,
ni de plástico siquiera;
es una muñeca antigua
de cartón y sin pulseras.

¡Qué torpe soy!,
piensa Queca;
no hablo, no canto,
no sé mover una pierna.

¿Quién está ahí?
¡que le oigo!
-siente que alguien
se acerca-

Es un hada
que la escucha.
-¿Qué te pasa?,
díme, Queca.

¡Quiero ser una muñeca,
una muñeca moderna!
Que baile, que haga gimnasia,
que sea elegante y con perlas.

-No quieras ser como otros.
¡Eres una gran muñeca!,
con tu carita tan dulce
y esa mirada que alegra.

MARÍA RODRÍGUEZ GARCÍA

IRONÍA DEL CUERPO

Podría yo resucitar el sueño
desdormir esta vida impenitente
y abrazar la cintura

de mujeres remotas.
Cálidas y animales,
cobijo de mis carnes pasajeras,
desguarecidas, sí, bajo la lluvia.

Soy un alma corrupta.
Pero me queda un cuerpo
para ser abrazado algunas noches.
Quiero brazos amables
y quiero refugiarme en otro cuerpo.
Porque ya no soy yo, como bien veis,
soy otro que no es yo, con otra mente.
Y quiero contrastarme
para reconocermme.

Mas, no digo verdad,
lo que quiero es sentirme y ayuntarme
y subsumirme en todas las heridas
de otro cuerpo que se subsuma en mí,
que en ese instante exista para mí,
que se afirme consciente para mí.

Y yo volcarme todo íntegramente
alzándome sin peso a las alturas

más altas del principio de los tiempos;
para perderme al menos un momento
para olvidarme, ajeno,
en sólidas llamadas ancestrales,
para recuperarme.

¿Y volver a la vida, después,
más solo aún?
¿más solo,
si es posible?,
¿más solo?

PLAGIO

Si me llamas, sí,
si me llamas,
no sé quizá lo que contestaría.

Que he salido
que es tarde
que por qué me despiertas a estas horas.

Si me llamas tú,
si tú me llamas,
quizá te besaría entre los labios
sospechándote plena allí en ti misma.
Fértil acaso, sí, como tú eres
toda oscura y rotunda para mí.

Porque si tú me llamas,
dejaría mis libros por quererte
soñaría en tocarte en ese instante
en recorrrerte el cuerpo y los contornos
esos tuyos tan firmes.

Porque me llamas tú,
si me llamas...

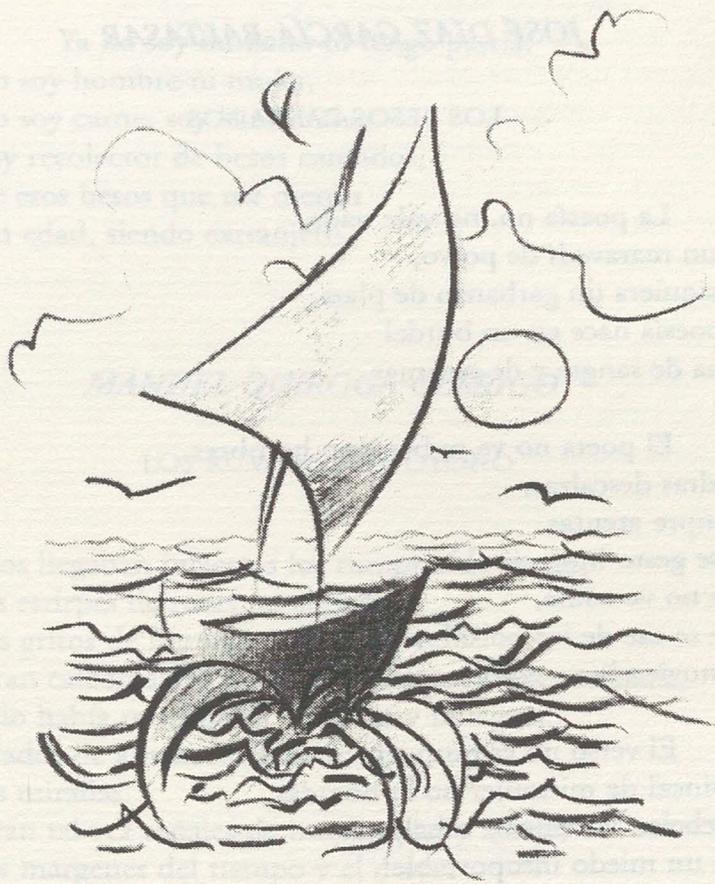
En fin,
seguro que la vida cotidiana
te mantendría lejos de mis labios,
alejada de mí por una ondas que navegan en cables,
alejada de mí por lo que pienso, que es el calentador
del agua que no enciende,
los niños que regresan a las cinco,
la lavadora llena que me espera,

la plancha, los horarios, la escuela, la escalera, la carretera
inmensa que me lleva al abismo de
ocho horas donde nunca está tú.

Si me llamaras tú,
querida alondra
de mis noches febriles de tu ausencia,
mi corazón palparía
-acaso-.

Pero es todo virtual
tan sórdido y ajeno,
que mejor no me llamas.

Y así te pienso,
te recuerdo, te aumento,
te reservo, te invento, te recreo,
te cuento y te despierto.
te espero, te lamento, te siento,
te deseo.



JOSÉ DÍAZ GARCÍA-BALTASAR

LOS BESOS CANSADOS

La poesía no, no vale nada,
ni un maravedí de polvo,
ni siquiera un garbanzo de plata,
la poesía nace en un burdel
llena de sangre y de escamas.

El poeta no ve nubes sino hombres,
piedras descalzas,
siempre atentas
a ese gesto indescifrable
que no ve nadie,
que se cae de los bolsillos
en noviembre y alguna tarde.

El verso no es puro sino amargo
el pincel de mi mujer no lo horada,
se rebelan las emes y cabalgan
con un miedo insoportable
entre sus dedos de nata.

Ya no soy humano ni tengo patria,
no soy hombre ni mujer,
no soy carne, soy la escarcha;
soy recolector de besos cansados,
de esos besos que me dieron
sin edad, siendo extranjero.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

LOS RUMORES DE OTOÑO

Nos llegaban inciertos los rumores de otoño,
las estirpes de rosas perdonadas,
los gritos de la aurora.
Eran calcomanías de los días antiguos de la infancia,
sólo había murmullos de voces y milagros,
prados de amanecidas,
las miradas.
Eran tal vez señales de intemperies y labios,
los márgenes del tiempo y el deseo,
la soledad antigua,

tanta nada.
Podíamos despertar con la lluvia en los dedos,
esperando semblanzas en los prados,
recuperando ciertas intemperies,
dibujando candados de rocío,
devastando señalesde deseo.
Los ángeles huían
hacia puertas de sol memorizadas,
iniciaban un vuelo de imperfectos rasguños,
iban apareciendo como motas de polvo en las almohadas.
Los rumores crecían de forma lamentable,
escribían urgencia en las paredes,
nos permitían signos
y naufragios.

Villanueva de la Calzada 10.11.97

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

LANZAROTE, ENTRE LAS NIEBLAS DE LO ONÍRICO,
INTUYE EL CUERPO AMADO DE GINEBRA. EN UNA NO-
CHE CLARA EN LA FLORESTA

Tenerte entre mis brazos, y olvidarme,
fundirme en tu mirada, y esparcirme,
recopilar tus besos, y diluirme,
ansiar tus muslos dulces, y extasiarme.

Acaparar la luna, y torturarme,
deshilachar el sol, y confundirme,
encadenar estrellas, y aturdirme,
soñar amaneceres, y calmarme.

Y beber tu saliva en una copa
y no saciar mi sed desesperante,
y no dormir con paz ninguna noche.

El sueño es pesadilla que me arropa
disuelto en la penumbra siempre amante
que abunda en los placeres del derroche

AMADÍS RECUERDA A ORIANA EN UN CLARO
DEL BOSQUE

Oriana es un almíbar ponzoñoso
que succiono inocente a cada instante,
un néctar delicado e incitante,
un vino perfumado y generoso.

Me entrego a su veneno poderoso,
bebo sus jugos, ciego y delirante;
me embriaga ese licor tan excitante
que me licua también, dulce y sabroso.

Después desata el bosque sus esencias,
esparce margaritas y azucenas,
puebla de olores todas las ausencias

que Oriana va sembrando como penas
en mi frágil recuerdo de presencias,
dispersas en mi vida de cadenas.

(Del incompleto poemario *La dama distante*)

ALEXANDER DOBLADO

LA PIEL QUE TE VISTE

El abrigo de piel que cubre tu cuerpo
antes de ser abrigo de piel fue un ser vivo
que evolucionó durante millones de años
poblando la Tierra antes que tú o yo
o cualquier otro humano pretendiese construir tan siquiera
una cabaña de piedra

Los antepasados de ese abrigo
huyeron de los tiranosaurios
emigraron a través de los continentes para preservar la
[especie
Y lograron tras incontables peligros llegar hasta el presente
¿Acaso no te merece ningún respeto todo ese esfuerzo?

Pero no han sobrevivido sin embargo
al solapado disparo del cazador furtivo
a la trampa que acecha en la selva una mina antipersonal
a la ambición del peletero
y a la vanidad que dicta la etiqueta del lujo.-

PLANETA AZUL

Anoche soñé un planeta azul
irónicamente llamado Tierra
Lo ví desde el espacio a una distancia que encogía el cora-
[zón
allí abajo tan lejos y tan vivo
Esa mañana camino del trabajo
una densa nube de Smok fue el augurio de una brutal noti-
[cia
«En el atolón de Mururoa recomenzaban las pruebas nuclea-
[res»

BARCO BALLENERO

Atados a babor y a estribor del ballenero japonés
se desangran los cetáceos
En el rostro de los marinos se percibe una duda inconfesa
[ble
que el capitán del buque difumina con una orden:
«Izad la captura. Ha llegado el momento de seccionarlas»
Mientras
el pequeño ballenato que escapó de la matanza
continúa junto al barco buscando a su madre
sin entender nada.

EL ÚLTIMO TIGRE

Año 2010

En un zoológico de Europa el último tigre ha muerto de
[vejez y tristeza

Ahora sólo quedan los vídeos
en que la magnífica bestia cazaba una gacela en un llano de
[la India

Algunos dicen que se podría haber clonado al tigre
para evitar la extinción de la especie

Pero es mejor así
que su desaparición nos recuerde
la infinita estupidez humana

El día de hoy será recordado para siempre como el «Día del
[Último Tigre»

CARMEN GARCÍA-LECUA

HERMÍONE

Si lo hubieras mordido
aunque él ha bostezado confiándose al habla: casi
cierra sus ojos con tu lenta ronquera, detrás de ti las
magas que se espantan el polvo, que sisean, tu
sombra de tilos invisibles como pelo rozándolo
y él -puedo mirarte oyendo a las montañas-
dejándose alcanzar,
claudica,
viene
hasta tu boca o hierba, hasta tu anguila o trampa.

Si lo hubieras mordido
después de aparentarle la brillantez del hielo,
después de reposarte -siento la vieja aguja que
aloca, que ha emergido-, de distanciarte un palmo y
luego, aproximando tu licor a su piedra, rodearlo,
limarlo, penetrarlo, tenerlo.

Si lo hubieras mordido
por debajo de un beso que si le sabe a muerte es porque
te abandonas y el beso te lo impide y el
tiempo no interrumpe su lengua deliciosa -posada en
mis encías, santa como un capullo
incontenible.

Ah, si le hubieras dado
el aire del jadeo, la joya del colmillo, la herida de
ananké en gestos donde el ansia huele a impaciente
pólvora.

Si lo hubieras medido
con hilos de saliva, con bordes de serpientes, con
curvas no entintadas, oyendo a las montañas repetir
desde dentro lo que era inevitable, acogiendo lo
escrito, lo que era inevitable.

Y si él, si me responde, se durmiera en mi boca.

JUAN MARTÍNEZ COPEIRO

SIEMPRE ME EQUIVOCO

Yo siempre me equivoco cuando pienso el amor.
Esta inseguridad no quiero abandonarla.
Es una ocasión nueva para otro pensamiento
más atrevido aún, también equivocado,
que me lleve hasta el fondo de la verdad que amo.

En la cima de un cerro, el amor, hecho viento,
me ha negado su risa. Se oscureció su cara.
Yo siempre me equivoco cuando pienso el amor.

TICTACDORES

No respetan el sueño, el cansancio, el silencio
que, al final de la noche, sin piedad, te desnuda
y deja en el espejo el retrato de un día.

Son testigos de todo, ruidosos tictacdores
que me acompañan siempre en las noches de invierno,
de otoño, de verano y en las de primavera.

Y nada los detiene en su ritmo binario,
monótono, sin vida, repitiendo los tiempos
-compás de dos por dos-, sin clave, sin figuras.

Son despiadados, fríos, centinelas sin turnos,
molestos artefactos que, en lugar de avivarme,
me producen sopor cada noche del año.

Hoy me he puesto a escucharlos y no se han renovado.
su música es la misma. No han cambiado de clave
los viejos tictadores que hay sobre la mesilla.

SEGUIDILLAS

Tiene alas el día
y alas la noche.
Alas la primavera,
alas y flores.
Ardientes sueños
que duermen en el alma
y el pensamiento.

Amanece temprano
radiante y fresca
la luz de mis secretos
en la alameda.

Ardientes sueños
que duermen en el alma
y el pensamiento.

Se yerguen los cipreses
como saetas
clavadas en el cielo
de dentro afuera.

Ardientes sueños
que duermen en el alma
y el pensamiento.

Lentos crecen los tilos
y los almendros.

Se entretiene el amor
entre los cedros.

Ardientes sueños
que duermen en el alma
y el pensamiento.



Nadie conocía su origen, su identidad, ni siquiera su nombre; pero a todos les había magnetizado con el poder de su voz, con la fuerza de su mirada.

«El contador de historias»

Joseph Tussel

LUISA BENITO

LLORANDO MUERTA

Madre, sí, estoy muerta. Me di cuenta hace unos días.
¡No, no! Que nadie lo sepa. Quiero hablar contigo a solas, sin testigos, sin intrusos.

Que no nos interrumpen con lamentos. Que se callen o, mejor, que no lo sepan.

Oye, no te rías, esto no es cosa de bobos. Es cierto, te digo que estoy muerta.

Mira, ahora hago como que miro por una ventana y veo tejas viejas, hierbas amarillas, y oigo voces. Estoy un poco acompañada, pero también un poco sola, es que se me escapó el mundo, lo perdí, se me fue.

Intento dibujar una sonrisa para que cualquier espejo vea que estoy alegre, entretenida. Aquí, entre esta muerte he encontrado algo de cobijo. Estaba muy débil, tan agotada, tan confusa.

¿Sabes? Ya no me arrastro. La muerte es como una casa que te protege de los bandidos, de la gente mala. La lluvia ya no moja y no hace ni frío ni calor. Y todo esto no sé si es sólo la muerte o es el crecer muriendo. De cualquier forma, así transijo, disculpo, lo dejo estar.

Esta historia, madre, no tiene ningún sentido. Tú, que quisiste salvarme siempre de la pena, no tendrás ninguna explicación sobre esta muerte. Sólo los sauces, las flores en las tumbas, la maleza.

He olvidado todo, incluso por qué me he muerto. Bueno, ¿qué más da? Estoy vacía, sin peso, los recuerdos que se fueron se han convertido en fósiles para que otros los busquen, los trabajen y los estudien. Pertenecen a la Arqueología.

Aquí no hay esperanza, no hay nada, pero yo te sigo queriendo. Te quiero mucho, madre.

El nombre de mi vida fue mentira. Fue mentira todo:

yo, mis cosas, mis amigos, todo. Mi vida fue *máscara y cáscara*. ¿Y algo más?

¡Tantos días perdidos!
¡Tanto tiempo detenido!
¡Tanta espera para nada!

Madre, no me pidas que aligere y cante, estoy muerta, muerta. El tiempo pasó y nunca perdí el miedo. Nunca acabé de acostumbrarme a los subterráneos, al aire gordo, a la vida de los sótanos, a las ventanas de techo.

Sé que tú, que nunca te rindes, me dirías, si pudieras, que es una pena que tantos años se vayan de vacío. Pero, entiéndeme, para mí es un alivio.

Madre, he de ir deprisa, la carcoma se lo está llevando todo, pronto no quedará nada y no podré seguir hablándote.

Extendida sobre tantos días perdidos de desconfian-

za, de zozobra, de ignorancia, no puedo remediar ese cuadro desvencijado que fue mi pasado, ya no.

No sé por qué, madre, pero vivir me daba vergüenza y, sobre todo, mucho dolor. Aunque, a menudo, traté de tender algún puente, que se desarmaba y otra vez me quedaba en el aire y vuelta a empezar.

¡Qué cansancio, madre! ¡Qué desaliento!
¡El tiempo fue siempre tan largo y tan brutal!
¡Fue tanta la congoja!
¡Fue tan severa la poda!

Me ofreciste todo, lo sé. Hubieras querido saberme colmada, te habrías desprendido hasta de tu piel para conseguirlo. Pero, tranquila, ¿qué más podías darme?

Lo intenté, sí, pero mis intentos fueron siempre enfermizos vínculos de inmadurez. Muchas veces procuré afirmarme, entender, hacerlo bien, amar y que me amaran, integrarme, dejar de huir, destruir el horror.

Ahora no hago nada, ni vivo, ni respiro, ni me quejo, ni voy a fiestas, ni busco compañía, ni saludos vistosos, ni la voz del que destella. Para qué, aquí, entre tanta noche y rodeada de este enjambre de gusanos.

Madre, lo siento, me quebré y me hice añicos; me rendí de pánico, de asco, de miseria. Agonizaron los deseos, se hundieron las esperanzas y luego ya nada, nada.

Sí, se extinguieron las energías, desaparecieron las expectativas; me mojé de llanto, me aislé del aire y luego ya nada, nada.

Sé que no nací creada y mi materia no filtró el secreto de la vida, y aunque ahora estoy muerta, en ningún tiempo he sido.

La luz nunca me dio forma; el alba me deshizo el frágil principio del origen. Nunca me di cuenta de que esas gotitas mañaneras eran los fragmentos de mi propia descomposición.

Por favor, madre, no hagas por verme, no revientes la intimidad de un muerto.

No te inmiscuyas en este territorio de humedad y barro.

No arrebañes las carencias, ni espongas tus años viejos de trabajo.

Roba el consuelo en otra parte. Huye de este pudridero de lo enfermo.

Sí, madre, estoy sola, aquí bajo la tierra, con mi padre irreconocible y, sin embargo, ahora tampoco sé decirte por qué lloro. Pero no te preocupes, no te avergüences, estas lágrimas ya están secas, no se ven, nadie más que tú sabe que estoy llorando muerta.

JESÚS PINO

EL FOGARIL DE LA GLORIA

Zocodover humedece en las beatas y tempraneras horas del alba toledano. Zocodover es plazuela de pueblo en las primerizas y virginales penumbras de la amanecida. Zocodover es bendición de calmas y silencios cuando apenas los zapatos de la civilización han pisado sus espesas y supraurinarias baldosas.

-¿Y?

-Y ¿qué?

- Que no alcanzo la intención del arranque.

- Porque usted, mi querido amigo, abusa del razonamiento metafísico, de la sospecha subliminal y de la falta del llano, humilde y acogedor sentido común. Lo que quiero decir, y usted perdone la simpleza expresiva, es que de madrugada da gusto pasear por Zocodover.

Por Zocodover y de madrugada cruzan D. Felipe González Márquez, vestido de toga, y D^a Isabel Tocino, vestida de roquera; ambos cogidos del brazo, en dirección al bar « La Abadía», donde, desde hace siglos, les espera Teresa

de Cepeda, la santa.

-¿Se refiere usted al expresidente?- Sí señor.

- ¿Y a la ministra...?

- ¡Bingo!

El expresidente D. Felipe González Márquez vive en su retiro toledano dedicado a la meditación trascendental y al análisis combinatorio de los juegos del azar. Reflexiona con profundidad en las extrañas, arbitrarias y extravagantes relaciones entre el mus y el ajedrez. Investiga las posibles concomitancias subyacentes en el aguerrido órdago y el escatológico jaque al rey. D. Felipe González Márquez es hombre de muy serias, arraigadas e internacionales meditaciones. D^a Isabel Tocino, no. D^a Isabel Tocino no es hombre - eso salta a la vista-. D^a Isabel Tocino monta moto y cruza los caminos de España soñando alamedas y jardines allá donde reina el yermo y la aridez. D^a Isabel Tocino tiene una visión musulmana del paisaje nacional, pero los árabes no le permitirán llevar adelante su proyecto. A D^a Isabel, su apellido, le rompe los esquemas. ¡Qué le hubiera costado sustituirle por Torreznó! Cabezonerías de los libros sagrados que impedirán convertir a España en un vergel granadí.

Teresa de Cepeda, la santa, tiene genio y figura. Y

buena letra. Desde que la técnica obsoletizó los pucheros anda que no vive en sí. Teresa de Cepeda, la santa, sólo luce un brazo. El otro lo guardaba Paquito Franco en una urna. A Teresiña le resulta engorrosa la manquedad, aunque pueda, por mor de la milagrería, transponer el izquierdo en derecho, el derecho en izquierdo, el izquierdo en derecho y así, con celeridad misteriosa, hacer pensar a todos que posee los dos. Teresa de Cepeda, la santa, espera, desde hace algunos siglos, a D. Felipe González y a D^a Isabel Tocino, en la puerta del bar «La Abadía».

-Se retrasan, madre superiora.

-No olvides, Clementina del Niño Jesús, que son personas de muchas e importantes ocupaciones.

-Nosotras también, madre.

-También, también. Es verdad. Pero hemos de ser pacientes, hija, que unos minutos más no nos harán perder los hilos de la virtuosa serenidad de nuestra gloria.

D. Felipe González camina algo encorvado y sumido en los estrechos desfiladeros de la cavilación; camina inmerso en territorios que están más allá del ser o no ser, más acá del estar o no estar, mucho más cerca y más lejos de las irritables e irrisorias menudencias de la humana mortalidad. D. Felipe González camina sin tocar el suelo, camina apoyando los pies en el primer escalón de la inmortalidad -

o sea, a unos diez centímetros del piso-. D^a Isabel taconeaba fuerte sobre las baldosas y de vez en cuando sacude su fulva melena, soltando bandadas de jilgueros, manojos de margaritas y racimos de cerezas rojas como bolas de rubor juvenil. D^a Isabel queda algo bajita junto a D. Felipe. Un escalón de gloria más pequeña.

En la puerta del bar «La Abadía», Santa Teresa y la beata Clementina del Niño Jesús, para distraer la espera, practican kárate, judo y otras artes marciales. Los tiempos son duros y los caminos peligrosos.

-Parece que se retrasan, madre santa.

-Paciencia, hermana, y concéntrate que hoy estás algo bobalicona.

D. Felipe y D^a Isabel arribaron al lugar de la cita con seis o siete siglos y algunos años de retraso. Llegaron en el justo momento en el que Clementina coceaba con su piedad derecha el rostro de la santa.

-¡Vaya por Dios, ya está aquí la pareja!

-Perdonen vuestras sores, pero Felipe anda despacito, despacito.

-Seguro, Isabel, ando seguro. Calculando el valor decada pisada.

-Yo más bien diría que dudando del mismo.

-¡Ay, qué niña ésta! Cuando se tienen claros los eter-

nos objetivos y, por consiguiente,...

- Bueno, Felipillo, no te embales que esto no es el Congreso de los Diputados. ¿Has cumplido con lo pactado?

-Sí, claro está, madre Teresa.

- Y tú, Isabelilla, ¿estás conforme con el compromiso?

- Sí, reverenda madre.

- Pues, hala, no perdamos más tiempo...

D. Felipe González Márquez extrae del fondillo de la toga la urna de cristal esmerilado que contiene el brazo incorrupto que enmanca a la santa Teresa, la cual, con nerviosismo y ansiedad lo coloca en su sitio y suspira aliviada.

-¡Ah, esto ya es otra cosa! No podéis imaginar lo engorroso de ser mutilada, ¡siempre milagreado para ocultar la minusvalía! Ahora, tú, Felipín, a prepararse. Te convertirás en el primer beato laico de la Historia. Y no te preocupes que yo sí cumplo mis promesas... Y tú, Isabelita mía, ya lo sabes, te limpiaré Doñana antes de que acabe el mes y sin consecuencias futuras. Bueno, pues, adiós. Vamos, hermana Clementina, que con los dos brazos se va a enterar hoy Fray Torquemada de lo que vale un peine.

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

EL GALIANO DE LAS SIETE Y MEDIA(IV)

Desde Toledo el universo parece pequeño, una miniatura en la que es difícil distinguir un agujero negro de un astro luminoso, en sí es una ciudad metamórfica e irreductible, ahora asediada por el mundo. Uno percibe que una ciudad así tiene la misma edad que la geológica, que es vieja y siempre fue vieja y en la que las contradicciones siempre fueron reguladas por el mito y unas burocracias demasiado solemnes. Por mucho que mires un Greco, por mucho que observes uno de esos San Andrés cetrinos crucificado en aspa desde todos los ángulos de vista, boca abajo, boca arriba, del revés, a la preceptiva distancia que toda obra impresionista exige, uno no deja de asombrarse de que esas figuras parezcan viejas ya desde el mismo momento en el que la obra fue pintada por el genial autor, y es que al Greco le interesó más captar al Espíritu Santo que a los escualidos personajes de la época, de ahí una languidez demasiado expiatoria, casi todos sus modelos parecen haber pasado primero por el potro de la angustia. Toledo es eterna a fuerza de ser vieja, sin duda alguna fue una de esas ciudades que envejeció prematuramente al margen de la historia,

de ahí, que uno la perciba como una ciudad más metafísica que postmoderna y demasiado proclive a caer bajo el efecto narcotizante de los mitos. A Toledo van muchos jefes de gobierno y personalidades del mundo de los mass media a fotografiarse junto al Espíritu Santo que es la nueva mascota virtual del presidente Bono, otro personaje eternizado y metamorfoseado a fuerza de un discurso geológico. Toledo siempre fue una ciudad burocrática y laberíntica y esto la fagocita de dentro hacia afuera, en ese estómago burocrático de la ciudad rumiante se hace la digestión más lenta de todo tipo de asuntos, desde una subvención para la edición de un libro de recetas de cocina manchega hasta la salvación espiritual de un excomulgado. La exaltada sobriedad de la ciudad la hace muy asequible para los escribanos que quieren jugar a ser Kafka, pero la verdad es que Toledo pesa como una losa sobre cualquier aprendiz de escritor, es difícil no dejarse seducir por tanto misterio y por tantas ampulósidades de su infrahistoria, hoy en día los buenos escritores suelen nacer en lugares machacados por la vorágine postindustrial y no en las ciudades vitrinas, la literatura es un ente vivo que busca siempre las nuevas fronteras de la humanidad, sus fracturas más abiertas, también quedaron muy pocos judíos después de los diversos progroms y buscar ahora un nuevo Kafka entre la pléyade de funcionarios

toledanos sería un poco arriesgado, buscar un solo converso que dueño de la palabra hubiera inventado a través de todo ese saber metafísico del talmud una obra rigurosa y breve como todo buen escritor judío es difícilísimo no sólo en Toledo, sino en Hervás, Ribadavia, Gerona y Tudela. Rilke que debió presentir esta cuestión se dedicó en aquel frío invierno toledano a escribir cartas con las que ganarse el pan y la posteridad. Me lo imagino caminando por las estrechas calles como un turista atendiendo más a los asuntos del alma de la ciudad que a los del cuerpo de la ciudad, si leemos las cartas de Rilke veremos más referencias al seco y escrupuloso frío del invierno toledano que a las excelsas líneas góticas que la geología de la ciudad creó en el tiempo en que se le daba un puntapié en el culo a los sarracenos y a los judíos. Para Rilke que se fijó en Toledo atraído más por la metafísica de sus piedras, por la languidez y los cetrinos rostros del Greco que por el aspecto de tortuga con cuernos que tiene la ciudad a vista de pájaro, Toledo era el sumun de las ciudades transversales, el culmen de las ciudades de relojes parados en mitad de la historia. Toledo es de las pocas ciudades en nuestro mundo que pueden mirar hacia atrás y hacia adelante sin tener la intención de ir hacia atrás o hacia adelante, es vieja desde siempre y carece de edad, quieta de esa forma, apretada en ella misma con la fuerza inerte de

sus propias piedras quiere demostrar al mundo que la relación entre espacio y tiempo algunas veces resulta ineficaz y que varada por voluntad propia se llena de palomas y que excrutar cual de ellas es el Espíritu Santo es su poética de la existencia a la vez ineludible y fatal, de ahí que las hostias siempre tengan un sabor rancio y que la hamburguesa y el mazapán convivan en el paladar sin viciar el gusto del consumidor. Suelo ser recatado a la hora de aceptar si Toledo fue la ciudad de las tres culturas, quizás esto se deba a que a veces esto mismo suena a cuento chino, o a historia de ficción de esas que no puede superar por cierta artrosis retórica la realidad más pura. No hace muchos días que regresé a Talavera después de haber estado pasando una semana en Hervás visitando a un viejo amigo de los años de la facultad, todas las tardes paseábamos a la sombra de los alisos y los cerezos por la orilla izquierda del río Ambroz en donde supuestamente había estado ubicado el barrio judío, a este amigo, siempre tocado con un sombrero de paja y excelso escritor, le hablé de la maravilla que resulta Toledo cuando en la noche están en silencio los hombres y las piedras, entonces hay instantes excelsos y melancólicos en los que la ciudad quisiera hablar a los hombres que circunspectos pasean por ella atentos a su rumiante digestión, incluso así las campanadas de la eternidad resultan leves y misteriosas y el

hombre en medio de esa plenitud logra atisbar una paloma blanquísima en el centro mismo de la oscuridad de la noche, una paloma de espíritu humano materializada en energía poética, después esperas a que salga de nuevo el autobús que te lleva hacia el Oeste, y sabes, por lo errante de tu vida, que hay algo de Judío en ti, y es que se borraron tanto las líneas divisorias, las ramas más altas de la genealogía, que sólo se puede presentir acaso que tus antepasados fueron circuncidados en una ciudad donde los goznes de las puertas siempre chirrían.-



El verano había llegado a su fin; las primeras lluvias me llenaron de tristeza, y por primera vez supe que una mujer como yo, solitaria y entrada en años, debía empezar a saborear ciertas alegrías de la vida.

« Una breve sonrisa »

María Luisa Cabanellas

JESÚS RUBIO

LA ISLA DE LA FIEBRE (II)

Los tres primeros meses fueron tiempos de rumores. Pero allí el único rumor cierto era el del mar, aquel coloso que contribuía a humedecer aún más el ambiente. Las noticias que referían emboscadas en Cienfuegos y Siboney acabaron con todos los sueños de paz. Durante aquellos tres primeros meses, la fatiga era tanta que la culebra parecía haberse ido para siempre, quizás al barrio de los callados, como lo llamaba su padre. Miguel, sin embargo, prefería las marchas, de polvo y hambre, entre árboles jamás soñados, entre el fango de la manigua próxima a La Habana, a las guardias eternas del destacamento de la Víbora. Las historias, rumores o no, que circulaban sobre lo ocurrido a algunos centinelas convertían la culebra en una víbora enorme y de gran apetito.

-Fuera de las ciudades, no controlamos más que el suelo

que pisamos. El que se extravíe, que Dios le acompañe porque buena falta le va a hacer.

Márquez, el cabo primero de la sección, actuaba como un padrastro.

Márquez, como casi todos, murió de la fiebre.

En su delirio, creía ver a su madre. Las convulsiones que sufrió, al final, le levantaban dos palmos sobre el catre.

Miguel sintió tristeza cuando enterraron a Márquez: le apreciaba pese a sus palabras hirientes, afiladas, pues fue él quien le dio el consejo más sabio.

-En las marchas, Criado, nunca te rezagues. Ellos atacan siempre primero por detrás.

Miguel nunca entendió el especial afecto de Márquez hacia él, pero nunca iba a olvidarle. él, pero nunca iba a olvidarle.

De aquella primera emboscada, hija de la noche, llegada cuando la manigua es un inmenso animal agazapado, Miguel apenas recordaba nada.

Rogaba a su memoria que le devolviera aquel recuerdo, pero ésta sólo le enviaba imágenes estáticas.

Primero, un inmenso alarido.

Después sombras, algo más oscuras que las otras, que se movían, gruñían y se abalanzaban.

Un grito: Marcos, el toledano, que cae con un brazo ensan-

grentado.

Otra imagen: Tomás, sevillano como él, sólo que de Villanueva, que dispara a la noche.

Después la oscuridad.

Quedó el silencio, hiriente.

Una muda cortina que fue rasgada por los incontenibles Villanueva, que dispara a la noche.

Después la oscuridad.

Quedó el silencio, hiriente.

Una muda cortina que fue rasgada por los incontenibles ayes de Marcos, que miraba con las pupilas como brasas aquel muñón.

Miguel había seguido el consejo de Márquez.

Marcos se desangró camino de la Víbora.

El torniquete no sirvió de nada.

Miguel recordó, con media sonrisa naciéndole en su rostro, que aquella noche hizo su única rogativa a Dios.

Al menos, la única que recuerda haber hecho en aquella isla de la fiebre: si no había de salir de allí, al menos que su final llegara en una emboscada.

El vapor alemán de nombre imposible entraba ya en el puer-

to de Valencia.

Un rumor crecía y crecía a medida que aquel mercante, donde había realizado aquella eterna travesía, se aproximaba al muelle.

Había mucha gente esperando aquel barco: eran los últimos repatriados.

No pudo reprimir, ante aquella bandada de pañuelos blancos, ante aquella orquesta de gritos y sollozos, ante aquel baile de abrazos, que cierta emoción embriagara sus cansados ojos.

Y eso que él, precisamente, no era lo que se dice muy expresivo, hecho que Guadi le reprochaba a menudo.

Pero en Cuba aprendió a llorar.

Miguel se escurrió entre aquel gentío como una culebra entre las piedras cubiertas de verdín del arroyo de Guaditoca, aquel reguerito que visitaba todos los años dos veces, en abril y septiembre, cuando se celebraban las dos romerías con las que su pueblo honraba a su patrona.

La Virgen de Guaditoca.

Le había ayudado, sin duda.

Pero, siendo devoto como era, él tenía otra Guaditoca en su cabeza.

La mujer que, dentro de muy poco, si la fiebre no acababa

antes con él, iba a compartir ya todos los días de su vida. Porque pensaba casarse con ella en cuanto encontrase acomodo en cualquier cortijo.

Revives se le había perdido.

Apretó entre sus manos el pase del Ejército que le permitiría marchar en tren hasta Sevilla.

Revives...

Con el visitó La Habana en el primer permiso que disfrutaron.

De La Habana le habían dicho dos cosas: que la ciudad era muy señorial y que sus mujeres eran muy hermosas.

Las dos eran ciertas.

Eran hermosas aquellas mulatas de rasgos acentuados pero de ojos tristes y cansados con las que los soldados se desahogaban.

También las mujeres e hijas de los funcionarios españoles.

Y las hijas y mujeres de los criollos.

Era como si aquella isla de fiebre, por alguna extraña razón, sólo aceptara cobijar mujeres hermosas.

O como si el viento fuera moldeándolas a todas a su gusto.

Algo había en aquella isla que las esculpía, ya en bronce, ya en marfil, de manera perfecta.

La primera vez que Miguel vio una mulata estuvo un cuar

to de hora mirándola sin decir ni pío.

Luego, claro, se acostumbró.

Uno se acostumbra a todo.

Aquellas mujeres...

A Miguel no le importaba que no sintieran afecto por ellos. Había criollos de doble juego, funcionarios cobardes y españoles crueles.

Él lo vio en alguno de los campos de concentración donde también tuvo que prestar algún que otro servicio de vigilancia.

El hambre.

La muerte.

Se paseaban a diario.

Aquello no estaba bien.

Los rebeldes podían ser sanguinarios, pero eran su gente.

Los ojos...

Recordó los ojos de aquella muchacha de la Habana, apenas una niña.

Vio sus ojos reflejados en los de él.

Vio el mismo cansancio y la misma tristeza.

-Tú tienes cara de buena persona.

A aquella muchacha nunca la quiso.

Pero aquellos ojos, negros, reclamaban una caricia, una sonrisa, una palabra cariñosa, una mano amiga.
Aquellos ojos, negros, los recordaría durante toda su vida.
Una vida que deseaba larga, siempre y cuando la fiebre se lo permitiera.

La fiebre.

Llegó a los catorce meses de llegar a aquella isla de fiebre, dos días después de que aquel acorazado americano salta-se por los aires.

Durante una patrulla por la costa.

Ya en las calles de Valencia, camino de la estación, tuvo que pararse.

Igual que en aquella marcha.

Le dolían las piernas y un velo de sudor, que quemaba, anegaba su frente.

Necesitaba descansar.

Se sentó en la calle, junto a la puerta de lo que parecía un postigo, con los codos sobre las rodillas, frotándose las sienes de manera frenética.

Así se calmaba.

Mientras luchaba contra la nueva embestida, se acordó del acorazado.

Todavía recordaba aquellas dos explosiones.

Él no lo supo entonces, pero era el principio del fin; de haberlo sabido, hubiera saltado de alegría.

Estaba de centinela en aquel desgraciado destacamento de la Víbora.

Un nombre apropiado.

Porque allí lo que se respiraba era veneno. No lo supo entonces, pero aquello significaba la guerra.

Con América.

Con los codos apoyados sobre las rodillas y respirando de manera profunda, Miguel esbozó una mueca que aspiraba a sonrisa: en verdad que era un ignorante.

JOAQUÍN COPEIRO

CONCIERTO EN MI MENOR

I

Carlos cruzó la puerta del museo con una mano en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros. El de la librea no le sonrió *-pero bien que lo ha hecho con esos, y con estos-*, y se limitó a cortarle la entrada sin ni tan siquiera mirarlo. Carlos penetró en el recinto dispuesto a ganar un buen escaño, pero la linda estampa de un traje de chaqueta con la falda muy ceñida lo obligó a sentarse más atrás, *¡lo siento, señor, pero esas están ocupadas!*, sonriéndole esta vez, eso sí, y hubo de conformarse con la fila trece *-¡como siempre, como siempre!-*. No es que se viera mal desde allí el escenario, no, pero tantos años de democracia y ni el protocolo había cambiado *-las autoridades nacionales, las regionales, las provinciales, las locales, los invitados o enchufados de las autoridades nacionales, los de las regionales, los de las provinciales, los de las locales; ¡en fin, que ni los unos ni los otros, para qué nos vamos a engañar, que son los mismos perros con distintos collares!-*.

El recinto se fue llenando poco a poco de trajes oscuros y encorbatados, faldas y camisas negras y blancas, zapatos acharolados con tacones altos y punteras finas y alargadas, cabellos cardados o engominados, gemelos, collares, pasadores, pendientes y una buena colección de halos perfumados, a veces insoportablemente intensos, y otras veces *-todo hay que decirlo-*, de una excitante fragancia. Cuando el lleno fue total *-¡qué afición más desmedida!; ¡estamos de enhorabuena!-*, hizo su aparición en el escenario una treintena de levitas negras, que no le eran del todo ajenas, y la gente prorrumpió en una ovación cerrada y sostenida. Carlos entonces se puso en pie y continuó batiendo palmas arrebatadamente *-¡a ver si hoy os portáis como quienes sois, chicos!-*. Fue el único que se puso en pie. Al cabo, el aplauso se fue apagando y Carlos se sentó. A su derecha llamó su atención un ademán de arrellanamiento en el asiento vecino, seguido de algo así como un discreto corrimiento o alejamiento de silla *-¡y ésta, que se creerá que no me he dado cuenta?; ¡pues me he duchado, me he echado desodorante y me he puesto camisa limpia, aunque yo le agradecería que se cambiara de sitio, porque huele tanto a rosas, que huele a muerte!-*

Cuando el silencio fue absoluto, y después de unas últimas tosecillas provenientes *-¡coño, qué casualidad!-* de dos asientos más a su derecha, la batuta dibujó un bucle en el

aire y arrancó los primeros compases del *Allegro maestoso* que fue conmoviendo los lienzos de las paredes, las peanas de las de las esculturas, con una marcialidad relativamente enérgica, suavizada a trechos por la flauta, el fagot o el clarinete. Carlos cerró los ojos y canturreó mentalmente la melodía durante los primeros minutos, hasta que el lirismo del piano lo hizo volver en sí y mirar por el rabillo de su ojo izquierdo. Entonces, y según dos manos ebúrneas y envidiables recorrían con enorme expresividad el teclado, un perfil de largas pestañas, ojos azules, nariz recta y labios húmedos -¡preciosa!- inundó de color y sensualidad su alma; también sacudió su pecho y le llevó calor a las partes más mediterráneas de su cuerpo. El piano continuó salpicando de ternura la furia de la orquesta, hasta calmarla y vencerla, mientras Carlos apoyaba en las teclas su oído y en la rodilla de al lado -¡tal vez se llame Alma, debería llamarse Alma, la llamaré Alma!- su vista. Pero enseguida la genialidad de la melodía lo arrastró a una emoción tan lírica y apasionada, que, cuando momentáneamente se produjo el silencio que precedía al segundo tema, a punto estuvo de aplaudir, pero prefirió mirar el hermoso perfil de su izquierda, las blancas estribaciones de aquel muslo cuya suavidad se adivinaba de manera natural -¡lo acariciaría!-, y esperar a que la coda de la orquesta rematara el movimiento. Entonces sí, entonces

Carlos aplaudió con ganas y consiguió un amago de aplauso por parte de un veinte por ciento del auditorio, incluido el perfil de su izquierda, que, por cierto, se tornó sonrisa más y más abierta hacia él -*¡madre mía, qué encanto!*, a medida que una lluvia de insistentes siseos se empeñaba en imponer de nuevo un silencio que pretendía ser respetuoso con la batuta, con las cuerdas, con las maderas, con los vientos, y no se sabía si con la propia creación también -*¡Chopin ha muerto: viva Chopin!*-, y a su derecha una mirada de desdén tosía y se rebullía con un ostensible gesto de dolor -*¡hay dos tipos de personas: los que tienen almorranas y los que no las tienen, qué le vamos a hacer, pero yo aplaudo porque me sale!*-.

Cuando se recuperó el silencio en la sala, Carlos sonrió a su izquierda y, en su opinión, fue correspondido por el perfil con algo más que cortesía, de manera que, a los dos minutos de *Larghetto*, su hombro izquierdo, su brazo, su cadera, su muslo y su pantorrilla notaron el calor de una humanísima presencia. La orquesta enhebró un susurro de cuerdas y trompas, y del piano se elevó una hermosa *cavatina* que era toda amor, el amor a Constanza -*¡el amor a Alma!*- vestida de blanco y con una corona de rosas. Carlos sintió un estremecimiento profundo, sostenido, que le erizó el vello, y su mano izquierda comenzó a abrirse y cerrarse

una y otra vez como un corazón. Se le antojó que la piel del muslo había de poseer la textura temblorosa y dulce de un *flan chino El mandarín*, y su voluntad se debatió entre el riesgo de ser abofeteado en mitad del concierto -¡por Dios, qué mal!, ¿no?- o el furtivo placer de emular sus más afamadas aventuras universitarias en los cines -¡ay, allí, en las últimas butacas!- de barrio. La *cavatina* terminó con una pasión indescriptible y él no pudo contener su emoción -¡qué bonito, qué bonito!-, de forma que, desinhibiéndose, aplaudió otra vez, ahora en solitario y suscitando un auténtico ametrallamiento de miradas que, inmisericordes, lo atravesaron, lo fusilaron y lo condenaron sin paliativos -¿qué pasa?, ¡a ver si os acostumbráis, que también aquí hay que interrumpirlos de vez en cuando!-. Dos uniformes azules con botones dorados, una librea, la linda estampa de un traje de chaqueta con la falda bien ceñida acudieron prestos por el pasillo, pero los fagotes recuperan la normalidad y Carlos esbozó su mejor sonrisa mirando al pasillo, mientras que por el rabillo de su ojo izquierdo observaba que el bellísimo perfil con olor a jazmín también sonreía: ¡a él!

La *cavatina* volvió a emerger del teclado aún más hermosa y Carlos decidió por fin mover su mano hacia el muslo de su izquierda ahora más descubierto si cabe bajo una falda ligeramente desplazada. La colocó allí, la mano, en

aquel islote de goce, cantó mentalmente las pulsaciones en su pecho, se percató de que la sonrisa se mantenía en el perfil y era acompañada por un ligero movimiento de pestañas, y relajó sus músculos concentrando toda su atención en las yemas de los dedos de su mano izquierda, porque por ahí acababa de inyectarse un *chute* de aventura, de gozosa nostalgia -*jigual, igual que cuando vi Los paraguas de Cherburgo en el cine Roxy, porque a mí el romanticismo siempre me pone a cien!*-, de sensualidad, de no estar exactamente donde estaba. Por eso, cuando el dorso de su izquierda se apercibió -*hostias!*- de que lo estaban acariciando, un chispazo eléctrico le subió hasta el corazón justo para dársele allí de bruces con el solivianto producido por los tresillos y arpegios del bellísimo final del *segundo movimiento* que le habían penetrado desde los oídos. Así que, como catapultado, se irguió en su escaño y se deshizo en palmas, silbidos y diversas y ardorosas muestras -*muy bien, cojonudo, formidable, tios!*- de efusiva aprobación. Pero esta vez nadie lo siguió, sino que se quedó solo, solo cuando lo miraron desde todos los rincones de la sala, solo cuando el perfil de su izquierda se tornó venusiana vista frontal pero sin aplaudir, solo cuando la librea lo reclamó con señales y la falda ceñida lo tomó del brazo, y sólo cuando los dos uniformes azules con botones dorados lo acompañaron hasta la salida y lo

la salida y lo despidieron -¡vale, vale, sin empujar, hombre, que ya me voy!- con cajas destempladas. De los dos asientos de su derecha, una rabiosa mueca de dolor y una tosecilla tonta y evitable aprovecharon la ocasión para escabullirse de la sala.

II

¡Me encantó, m'enc'ntó, m'nc'ntó,... men-can-tó!, tan espontáneo, tan franco, tan guapitísimo, con aquellos rizos negros tan afrodisíacos, los gruesos labios, su nariz más bien larga, pero no agresiva, la mandíbula firme, con hoyito, y esa voz grave y varonil, y la decisión que tuvo, decisión para aplaudir o silbar o gritar, que no estuvo bien, ya lo sé, pero que fue toda una decisión como la de meterme mano, Dios, que me subió un hormiguo que todavía me reconcome, cierro los ojos y aquí, aquí, en la entrepierña, en Móstoles, al ladito de la casa de mi hermano, rodeada de público por todas partes, dispuesta a escuchar el Concierto para piano y orquesta nº 2, que para eso he hecho hoy cien kilómetros, y que aún tengo fresco el nº 1 y podré compararlos o mezclarlos o sumarlos, mejor sumarlos, uno con el apolíneo y otro sin él, pero recordándolo, recordando su ano cuando se me posó en el muslo y me quemó, me abrasó, y no tuve acción para rechazarlo, ni la tuve ni quise tenerla,

porque me gustó el detalle, aunque se fuera, bueno, lo echaran y se fuera, pensando mal de mí, que si frívola, caliente o puta, o como yo de él, que ¿cómo yo de él?, ¡pues no!, que yo no pensé mal, porque yo creo que son cosas naturales y no pienso mal de él, conque ¿por qué él habría de pensar mal de mí?, que un muslo como éste es todo un muslo, esa es la verdad, y yo lo sé, lo sé muy bien, pero me gusta vérmelo así, reluciente y atractivo, sexy, sí, sí, sexy, y que me lo miren, que me lo miren hasta desvencijarse por él, como el apolíneo de los rizos afrodisíacos, que me hubiera liado con él allí mismo, bueno, allí no, que un concierto de música clásica es un concierto de música clásica, de modo que allí no, allí le hubiera dejado actuar a él, por ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar, más arriba, más arriba, y entonces me hubiera visto obligada a contener la respiración y a bloquear su mano con la mía, para que no siguiera, que no siguiera por ahí, que un concierto es un concierto y hay que comportarse como es debido, aunque reconozco que me dejé arrastrar al final del primer movimiento, y, por cierto, hay que aplaudir cuando hay que aplaudir, y no se debe silbar, ni está permitido gritar como el apolíneo, a destiempo y ¡cojonudo, cojonudo, tíos!, que no, que únicamente al final y ¡bravo, bravo, bravo! puestos en pie, que no está bien eso de violar los silencios entre movimiento y movimiento, y lo que pasa es que yo me despisté -¡que perdiste el norte, Alma, lo perdiste!-,

ÁNGEL DEL VALLE NIETO

UN DÍA CUALQUIERA (Homenaje a Cervantes)

(Donde se relata, extraído de las páginas del Quijote, lo que pudo ser una jornada de trabajo en una botica de la época «tal y como verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer».)

Aquella mañana de marzo, Toledo resplandecía como lo que era: como una joya. El sol, madrugador y tibio, separaba delicadamente las gasas de niebla que ascendían desde el río, impaciente por contemplar, un día más, la ciudad a la que despertaba. (Al fin y al cabo, él no podía recurrir a la formación de un meandro que retuviera su paso, como el Tajo hacía; de ahí su prisa y su impaciencia). Las calles eran un hervidero de gente, como un hervidero era la botica del «boticario toledano que hablaba como un silguero». Estaba situada en «el Alcaná», próxima al claustro de la catedral, y por su puerta pasaba la práctica totalidad de la población.

Entre su variadísima clientela destacaban las dueñas de las que el boticario decía que «donde intervienen las dueñas no podía suceder cosa buena» y estaba tan a mal

con el «género dueñesco» que éste bien podía ser tildado como «abominado de boticarios». Pero ellas no por eso dejaban de acudir a su botica, bien buscando remedios para sí o para sus señoras.

Hacíanle preparar especiales «menjurjes» y «mudas» para mantener la «tez lisa» y «pulir las cejas», aun a costa de «tener el rostro martirizado», con el fin de «quedar rasas como fondo de mortero de piedra».

Era una buena botica y un buen boticario, especializado, por otra parte, en la preparación de «unturas», «mudas», «menjurjes», «afeites», «vinagrillos», «cremas de algalia» e, incluso, «depilatorias». Pero con lo que realmente alcanzó su exclusivo prestigio entre las damas toledanas fue con la elaboración de sombreadores de ojos a base de «polvo de alheña» muy usados entre los árabes y cuya receta le había proporcionado su vecino «Cidi Hamete Boticaril» tras encontrarla en la «Alcaicería» de Granada.

Las conversaciones que se mantenían en la botica mientras el boticario y sus ayudantes confeccionaban «cedulillas» y preparados, eran todo un reflejo de los males y enfermedades de la época. Las dueñas, ¡cómo no!, llevaban la voz cantante:

-Ruego a vuesa merced que me prepare alguna bebida tónica para mi señora, la famosa infanta Micomicona,

pues acaba de salir de un mal parto y se ha «puesto en la espina de Santa Lucía», en los huesos se ha quedado la pobre.

Hace bien en acudir a este boticario, terció la Dueña Dolorida, una de las más habituales parroquianas, como de su nombre cabía esperar. El invierno pasado me dio a tomar unos papelillos contra el «romadizo» y no sabe el «vado» que sentí: al segundo sobre ya casi se me había curado el dichoso catarro. ¡Qué alivio, qué alivio!, repetía una y otra vez.

-Yo, sin embargo, y pese a mi edad -el que ahora hablaba era un Canónigo de la catedral, hombre «muy versado y perito en eso de la caballería andante»-, todavía «tengo mi alma en las carnes»; ¡me conservo joven y ágil, váleme Dios!. Pero me romadizo también con mucha frecuencia.

En esto salió el boticario revestido de una innegable dignidad profesional y entregó un «botecillo de mudas para la cara» a una de sus vecinas, la enamorada Torralba, a la que aconsejó se cuidase el rostro, «que gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire».

Una gran confusión, gritos y voces rompieron la tranquilidad de la jornada: un albañil, que restauraba la

fachada del palacio de la Duquesa Trifaldi, se había caído desde el andamio en el que trabajaba. El golpe fue tan violento que sus huesos quedaron «hechos alheña» y «brumadas» todas las costillas. Además eran tales el susto y el miedo que tenía, que «temblaba como un azogado»

Abandonando sus otros quehaceres, el boticario comenzó a preparar «bizmas», «emplastos» y gran cantidad de «hilas» para curarle, mientras requería le acercaran el «Aceite de Aparicio» para aplicárselo a las heridas. Uno de sus ayudantes ofreció al accidentado «un buen trago de lo añejo» para confortarle.

Llegó, presto, el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, que había sido avisado, el cual, a su vez, mandó llamar a un «algebrista» muy acreditado en el arte de concertar los huesos desencajados y quebrados.

Tras las primeras curas el maltrecho albañil fue trasladado al Hospital de San Juan Bautista de Afuera, más conocido como Hospital Tavera, en la litera personal de la Trifaldi.

Todo volvió a la normalidad. El anciano Cañónigo terminó por llevarse los papelillos que aliviaran sus frecuentes romadizos y la dueña de la famosa infanta Micomicona, una bebida que «vuelve en su prístina entereza y vigor» y que el doctor Pedro Recio había recetado con

buenos resultados a muchos de sus pacientes -incluido el Gobernador- durante su estancia en Barataria.

La mañana se terminó tras dispensar una «celulilla» en la que se indicaba la preparción de una «píctima» para «desahogar y alegrar el corazón» y otra de «unciones mercuriales» para el «morbo gálico».

Un joven, ya por la tarde, entró a probarse unos «zapatos cuadrados a modo de Corte» por ver si conellos se le aliviaban los dolores que le producían los juanetes. Un señor le pidió una «melecina» suave pues llevaba varios días sin ir a letrinas y «estaba de mala voluntad» y, ya con las últimas luces, atendió a un hombre que decía encontrarse «marrido» por los «desabrimientos y las melancolías del amor, que le mataban»; pero para ese mal no halló nada el boticario en su botica, sino consejos de ánimo y esperanza.

Se disponía a cerrar y marcharse cuando recordó que no había leído la carta que le entregó el lacayo Tosilos a primera hora de la mañana. Era de su compañero, el boticario de un pueblo del Campo de Montiel, y en ella le solicitaba la receta del «Bálsamo de Fierabrás», que dos paisanos suyos, libradores de descomunales batallas, le habían pedido diciéndole, muy seriamente, «que con dos tragos queda uno sano como una manzana, aunque le hayan partido por medio del cuerpo».

El buen boticario toledano no recordaba nada sobre ese preparado y se encontraba cansadísimo. Mañana consultaría su bien provista biblioteca y repasaría detenidamente el «Dioscórides ilustrado por el Doctor Laguna». Buscaría, también, las últimas materias primas que le habían llegado de Sevilla procedentes del Nuevo Mundo, pero mucho se temía que no iba a poder atender la consulta de su compañero.

¿Fierabrás, Fierabrás?, se preguntaba. ¿Dónde había leído él algo sobre que un Caballero quería preparar una «redoma» de dicho bálsamo «con el cual no hay que tener temor a la muerte ni pensar morir de ferida alguna»?

Caminaba hacia su casa satisfecho de la jornada. La niebla envolvía una noche más a su querida Toledo. Y la luna, enamorada, también intentaba retirarla, pero, más débil que el sol, no lo conseguía y se ocultaba tras ella, soñando...

(2º premio de la Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes, 1997)

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

TODOS LOS AFECTOS

«TRANSITORIA» Aurora Luque
(*Editorial Renacimiento, Sevilla 1998*)

Profesora de griego en Málaga, aunque naciera en Almería en 1962, Aurora Luque ha visto su poesía galardonada con varios premios. «Transitoria» es un libro que fue finalista en el Premio «Rafael Alberti» 1997, y aunque en algunos de sus poemas aparece su gran pasión helena, en otros es el mundo, las cuestiones cotidianas, lo que cobra valor lírico para dar la talla de una inspiración elegante y vivaz como es la de la autora de «Hiperiónida» (Granada, 1982) o «Problemas de doblaje» (Adonais, 1990). «Hay viajes que se suman al antiguo color de las pupilas», escribe en la «La mirada de Ulises» y el poema «Cosecha» dice: «Recoge la cosecha de los días,/ su cereal, su polen,/ sus bayas inservibles, sus cortezas amargas,/ su reseca raíz, sus vainas huecas,/ su escasísima pulpa azucarada./ En las cuadradas cajas pon la fruta/ selecta que le agrada a la memoria». Hay una delicada sensación de vitalismo y de armonías

en esta poesía sonora y sosegada. Todo ello nos permite conocer un universo amable donde es posible esa inspiración valiente y anímica. En su «Definición de abrazo» leemos: «No temerás las calles arrasadas,/ los bosques descuajados, los altos oleajes./ No temerás los odres destapados de Eolo». La poesía es un estado de ánimo, la leve residencia en que se asienta la palabra; no es un objeto punzante ni un elemento que abra las puertas de ningún poder: el poeta es solamente un cantor de lo sencillo, de lo hermoso, de lo humano. La segunda parte de este libro, que le da título, tiene un emocionado pórtico: « A la memoria de Tránsito Luque Ladrón de Guevara que se perdía, loca, en camión por los bosques de la Alhambra». En ella quedan algunos versos lúcidos, magníficos, contagiosamente lúcidos: «Así, Tránsito, nunca/ devolverán tu rostro mis palabras/ aunque evoque en tu nombre -aireadas enaguas/ por los jardines hoscos, descuidados/ de un castillo perdido entre malezas-/ tanta salida inútil, tanta noche,/ tanto desasosiego, tanta nada». Bien, hemos asistido a una toma de postura importante, aparece la poesía como un bálsamo para la comprensión y la concordia, la necesaria ocasión para establecer diálogos con nosotros mismos y comprender la cercanía de todos los afectos.

ERRANTE VAGAR

«SÓLO ME LLEVARÉ» Cristina Maristany
(*Huerga & Fierro Editores, Madrid 1998*)

Compañera de Rafael Lorente durante 24 años, Cristina Maristany llora la ausencia del poeta y del hombre de letras que Lorente fue en versos delicados e inspirados que ya formaron parte del libro «Más allá del silencio» y que ahora conforman un bello poemario titulado «Sólo me llevaré», en edición de Huerga & Fierro publicada en su colección «Fenice poesía». Unos versos del propio Lorente, « Junto a la mar del sur», epílogo del libro, nos permiten conocer el diálogo que aún mantiene Cristina con el compañero fallecido en 1990: « Cuando sepa que existes/ por una gaviota/ que me solloce amores,/ o conozca que has muerto/ por un rayo de luna,/ te soñaré muy solo/ te lloraré muy solo». Maristany nos permite un dolorido recorrido por la profunda ausencia, compartir ese «errante vagar» que da título a uno de sus poemas: «... yo quisiera reencontrarte;/ amadrigarme en tus brazos,/ acariciarte de nuevo,/ y recuperar los instantes,/ olvidando la absurda rareza de tu ausencia». Ni pretende la autora cantar al mundo que le ro-

dea ni tiene más futuro que su recuerdo. Por ello sus versos son cáusticos aunque vehementes, intensos, simplemente amargos. Su testimonio es el de la ternura y el amor. La suya es una noche triste, con escasas concesiones a la alegría o al bullicio que puede recorrer jardines y paisajes. Y ahí está su mejor hondura, su gran valor lírico, su incisiva claridad: «Sólo me llevaré/ algunas pequeñas/ cosas,/ fotos, cartas y/ poemas,/ sobre todo poemas./ Sólo me llevaré mis lágrimas/ y los recuerdos/ de aquellos lejanos días». Es una poesía de la existencia, el reflejo fiel de un afecto que sólo la muerte pudo interrumpir. Hay una música dramática en este monólogo con la tristeza, una especial violencia que sólo el recuerdo de los momentos felices sabe aminorar. «No quiero/ desandar/ los caminos/ que recorrimos/ juntos», escribe la autora en ese inefable deseo de permanecer anclada en un pretérito de apacibles aristas, de incuestionable felicidad. Y así seguimos permaneciendo al lado de esa maravillosa aventura irreplicable que hoy forma parte de un presente donde se hacen posibles todas las nostalgias... «Mis pasos/ continuarán/ buscando siempre/ la huella de los tuyos».

índice

	<i>pág</i>
<i>María Luisa Mora</i>	7
<i>Amparo Ruiz Luján</i>	14
<i>Elisa Romero</i>	16
<i>Ángel Villamor</i>	21
<i>María Antonia Ricas</i>	25
<i>Miguel Ángel Curiel</i>	26/78
<i>Santiago Sastre</i>	31
<i>Carlota Martínez Senac</i>	33
<i>Ana Isabel Rodríguez Ortega</i>	36
<i>Esteban Ramírez Plaza</i>	39
<i>Mar Peces</i>	43
<i>Jesús Pino</i>	45/74
<i>María Dolores Pinto Cámara</i>	47
<i>María Rodríguez García</i>	48
<i>José Díaz García-Baltasar</i>	54
<i>Manuel Quiroga Clérigo</i>	55/108
<i>Juan Carlos Pantoja Rivero</i>	57
<i>Alexander Doblado</i>	59
<i>Carmen García-Lecua</i>	62
<i>Juan Martínez Copeiro</i>	64
<i>Luisa Benito</i>	68
<i>Jesús Rubio</i>	85
<i>Joaquín Copeiro</i>	93
<i>Ángel del Valle Nieto</i>	102



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

